

---

## ENTE

---

Ver: *Entificación de la realidad / Ser y ente / Ser y realidad*

---

«Aristóteles pensó que la metafísica iba a tratar acerca del ente (τὸ ὄν). Dejo de lado que la traducción sea deficiente. Porque, en toda su generalidad, ὄν es un participio neutro del verbo εἶναι (einai), del verbo "ser" y significa simplemente "que es", no en sustantivo, *ente*, sino simplemente "que es". Y el "que es" se entiende en muchos sentidos.

Rigurosamente hablando, pues, τὸ ὄν no es el ente, sino simplemente el "que es". Y en un sentido muy natural uno puede pensar que efectivamente lo diáfano de las cosas es "que son"; por consiguiente, que eso que todas las cosas son, a saber, "que son" es lo que constituye la dificultad suprema de la metafísica.

Esta palabra fue traducida al latín por la palabra *ens*, ente. Una palabra que no existe en latín corriente porque el verbo ser, el verbo *esse* en latín no tiene un participio de presente, por lo menos en esta forma *ens*.

El verbo *esse* no tiene participio de presente y, si lo tuviera, habría que decir *essens*. Y efectivamente, no en la forma *essens*, pero sí en la forma *sens* está en los compuestos del verbo ser y se conversa en español: ausente (*ab-sens*), presente (*prae-sens*), etc.

Con una formación lingüística distinta, con "o", aparece en un viejísimo vocablo jurídico en Roma la palabra *sonticus*.

Por ejemplo, "causa sóntica" es una razón o una excusa que es válida, es decir, que es verdadera. Y, efectivamente, con esta raíz, -\*es ha pasado a significar la palabra "verdad", por ejemplo, en el indo-iranio *sátya* (cf. X. Zubiri, *Naturaleza, Historia, Dios*, 1987, pp. 38-39).»

[Zubiri, Xavier: *Los problemas fundamentales de la metafísica occidental*. Madrid: Alianza Editorial, 1994, p. 24-25]

•

«Las cosas no empiezan por ser entes. Tanto menos cuanto que no está demostrado en ninguna parte que toda inteligencia humana tenga un concepto del ser. Y no me refiero a que se sea listo o tonto.

No se trata de esto, sino de que no todas las lenguas tienen el verbo ser, y que, al carecer de él, expresan lo que nosotros expresamos con el verbo ser con verbos distintos; lo cual no quiere decir que expresen el mismo

concepto por verbos distintos, sino simplemente que no tienen el concepto del ser, que no hablan más de realidades. (Esto lo dicen los lingüistas, y supongo que es verdad).

El orden del ser reposa en una u otra forma sobre el orden de la realidad; y, por consiguiente, la ultimidad a que apunta la transcendentalidad, para ser dimensión transcendental, no es el ser sino simplemente la realidad, ser algo *de suyo*.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre la realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 2001, p. 89-90]



«Realidad no es el modo supremo de ser, sino que al contrario el ser es un modo de realidad. Por esto no hay un *esse reale*, un ser real, sino tan sólo, como yo digo, *realitas in essendo*, la realidad en ser. La cosa real "es"; es ella, la cosa real, la que "es", pero no es que el ser sea la realidad de la cosa real. Realidad no es entidad. Lo demás es una inaceptable **entificación de la realidad**.

La filosofía griega y la europea posterior han identificado siempre realidad y ente. Tanto en filosofía como inclusive en teología, las cosas reales han sido consideradas formalmente como entes reales, y Dios mismo como realidad suprema sería el ser subsistente, el ente supremo. Pero esto no me parece aceptable por completo.

Realidad no es entidad, ni lo real es **ente**. Ente es solamente lo real en cuanto que es. Pero antes de ser ente, lo real es real. Solo entonces puede y debe recibir la denominación de ente, una denominación posterior, por tanto, a su condición de real.

Por esto la **entificación de la realidad** es en el fondo tan sólo una gigantesca hipótesis conceptiva. Inclusive tratándose de **Dios** es menester decir que Dios no es el ser subsistente ni el **ente supremo**, sino que es realidad absoluta en la línea de realidad.

Dios no "es". Sólo puede llamarse a Dios ente desde las cosas creadas que están siendo. Pero es y por sí mismo no es ente. La cosa real no es real porque "es", sino que "es" porque es real. No se identifican pues realidad y ente. El ser es ulterior a la formalidad de realidad. [...]

Lo real no es un modo de ser, pero lo real está (por tanto, está presente) en el mundo, es decir "está siendo". Decir que lo real está en ser significa más concretamente que lo real está siendo. Aunque el ser no sea un momento formal de lo real, estar siendo es un momento físico de lo real, pero consecutivo a su formal realidad.

De ahí que el ser no es primariamente algo entendido, como se ha pretendido desde Parménides, sino que el ser es algo sentido al aprehender sentientemente la cosa real en y por sí misma. El ser está sentido, pero no en modo recto, es decir no es el término formal de aquella aprehensión, sino que el ser está co-sentido, sentido en un modo oblicuo como actualidad

ulterior. Lo está “está siendo” por ser ya real. Lo aprehendido en modo recto es el “estar”; el “siendo” no se aprehende sino en modo oblicuo.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y logos*. Madrid: Alianza Editorial, 1982, p. 353 s.]



«La Filosofía primera no es una teoría del ente, como Aristóteles pretendió; no es propiamente una teoría de la verdad, como desde Descartes se ha venido pretendiendo; ni una teoría de la conciencia, como pretendía Kant y todo el siglo XIX; ni es una teoría del ser, como lo ha pretendido Heidegger.

El ente, la verdad y la conciencia penden constitutivamente del ser, y el ser pende constitutivamente de la realidad. Lo que hay es anterior *kata physin*, por su naturaleza, a lo que es.

La Filosofía primera es, por tanto, una teoría de la realidad. Donde la filosofía de Heidegger ha jugado con los conceptos de ser y ente ha fallado, porque hay tres términos: ser, ente y realidad. Con lo cual ha dejado de lado el problema radical de lo que es la realidad.

La Filosofía primera es una teoría de la realidad, que obligará siempre a revertir a la forma de nuda inteligencia; es decir, a ese estar en la realidad que no es acción, sino actualidad, en que se actualiza la realidad en tanto que realidad.

Ni que decir tiene, que por mucho que uno quiera ceñir esta consideración de la realidad, la realidad se presentará siempre como huidiza y fugitiva. [...]

Esto demuestra que la vida no es simplemente un sistema de urgencias, sino también un pausado, ingente y quiescente esfuerzo por encontrar la verdad de la realidad.»

[Zubiri, X.: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, p. 676]



«La filosofía clásica se ha dirigido al problema del ser desde lo que he llamado inteligencia concipiente. Inteligir sería «entender»; y entender sería inteligir que algo «es».

Fue la tesis inicial de Parménides y de Platón. Y ello imprimió su peculiar carácter a la filosofía europea. Pero la inteligencia concipiente está constitutivamente fundada en la inteligencia sentiente. De lo cual resultan diferencias esenciales en el problema de que estoy tratando.

a) Ante todo, una diferencia profunda en el modo mismo de afrontar el problema. Apoyados en Parménides, tanto Platón como Aristóteles fueron subsumiendo la intelección en el logos. Es lo que llamé *logificación de la intelección*. Pero no es sólo esto.

Es que entonces lo inteligido mismo consiste en «ser». De lo cual resulta que realidad no es sino un modo de ser. Ciertamente el modo fundamental,

pero sin embargo tan sólo modo de ser: es el *esse reale*. Es decir, lo real es formalmente ente: realidad sería entidad. Es lo que llamo *entificación de la realidad*. La logificación de la intelección y entificación de lo real convergen así intrínsecamente: el «es» de la intelección consistiría en un «es» afirmativo, y el «es» inteligido sería de carácter entitativo.

Esta convergencia ha trazado en buena medida el cauce de la filosofía europea. Sin embargo, el problema no presenta el mismo carácter desde una inteligencia sentiente. El logos está fundado en la aprehensión sentiente de lo real; esto es, en intelección sentiente.

Por tanto, en lugar de «logificar» la intelección, lo que ha de hacerse es «inteligizar» el logos; esto es, hacer del logos un modo ulterior de la aprehensión primordial de lo real.

El término formal del inteligir no es el «es», sino la «realidad». Y entonces resulta que la realidad no es un modo del ser, sino que el ser es algo ulterior a la realidad misma.

En su virtud no hay *esse reale*, sino *realitas in essendo*. No se puede entificar la realidad, sino que hay que dar a la realidad una ulterioridad entitativa. La ulterioridad del logos va «a una» con la ulterioridad del ser mismo.

b) Desde la inteligencia concipiente no se llegó a una idea precisa del ente mismo. Esto se ve ya en Aristóteles. Nos dice que «ente» (*ón*) tiene muchos sentidos. Son esencialmente dieciocho: ser verdad y ser falsedad, ser acto y ser potencia, ser esencialmente y ser accidentalmente, ser accidente (nueve modos de ser accidente) y ser sujeto o sustancia, donde a la vez este sujeto o bien es materia o bien es forma, o bien el compuesto de ambas.

Esto ciertamente permitió a Aristóteles tratar con algún rigor, desde su punto de vista, los problemas de la filosofía primera.

Pero, sin embargo, sería inútil preguntarle qué entiende en definitiva por ente. Respondería siempre con sus dieciocho sentidos, vinculados tan sólo por una vaga e imprecisa analogía, montada sobre la idea de Parménides según la cual ente (*ón*) es un *keímenon*, un *jectum*.

Pero por su logificación de la intelección, Aristóteles conceptuó este *jectum* como un *sub-jectum* (*hypo-keímenon*). Lo cual no aclaró mucho la cuestión.

Aristóteles quedó prendido en esta red de conceptos. En esta situación algunos medievales pensaron que no existe un concepto unitario y preciso de ente. Pero en general conceptuaron que realidad es existencia. Y entonces, o bien entendieron la existencia como *acto* del existente (Santo Tomás), o bien entendieron la existencia como *modo* del existente (Duns Escoto).

Pero en ambos casos el ente sería un existente o bien efectivamente existente, o bien aptitudinalmente existente. Pero esto no es así desde una

inteligencia sentiente. Porque realidad no es existencia, sino que realidad es ser «de suyo». Es decir, no se trata ni del acto efectivo de existir, ni de la aptitud para existir, sino de algo anterior a todo acto y a toda aptitud: del «de suyo».

Lo real es «de suyo» existente, lo real es «de suyo» apto para existir. Realidad es formalidad, y existencia concierne tan sólo al contenido de lo real. Y entonces lo real no es ente, sino que es lo «de suyo» en cuanto tal.

Solo siendo real tiene lo real una ulterior actualidad en el mundo. Esta actualidad es el ser, y lo real en esta actualidad es el ente. Realidad no es ente; la realidad tiene «de suyo» su entidad, pero la tiene tan sólo ulteriormente. Realidad no es formalmente entidad.

La filosofía moderna modifica algo la concepción medieval: fue la *objetualización del ente*, del *esse reale*. En formas diversas es la idea básica de la filosofía moderna. Oriunda del *esse objectivum*, del ser objetivo de Enrique de Gante (s. XIV), se convirtió en idea central en Descartes para quien lo concebido, según nos dice literalmente, no es *formaliter reale*, pero sí es *realitas objectiva* (Medit. III y Primae et Secundae Responsiones).

Para Kant y Fichte ser es ser objeto, es estar puesto como objeto. Con lo cual realidad no es entidad, sino objetualidad. Pero esto es inadmisibile, porque, aunque se admitiera esa imposible indentificación de ser y de objetualidad, sin embargo, lo propio del objeto no es su «posicionalidad», sino su «actualidad» en la intelección.

Y lo propio debe decirse del ser como posición intencional o como desvelación: posición intencional y desvelación son sólo modos de la actualidad, modos de *estar* puesto, de *estar* entendido, de *estar* desvelado.

Por tanto, la idea misma de ente está viciada de raíz en la inteligencia concipiente. Realidad no es ente, sino formalidad del «de suyo». Y lo real es ente sólo como actualidad en un mundo.

c) Finalmente, el ser de que se nos habla es el ser de la inteligencia concipiente: es el *ser entendido*. Ahora bien, primaria y radicalmente el ser no es algo entendido, sino que es *ser sentido*: es la oblicuidad de la aprehensión sentiente del ser.

La vieja tesis de Parménides canonizó la oposición entre inteligir y sentir, que ha gravitado a lo largo de toda nuestra filosofía. Sin embargo, esta oposición no existe. Inteligir es aprehender lo real, y esta aprehensión es sentiente. El ser no es sino el momento oblicuo de lo aprehendido en impresión de realidad.

Desde la inteligencia concipiente, lo inteligido en modo recto es el «ser». De aquí resultaría que lo oblicuo sería la aprehensión de lo real: sería lo que podríamos llamar la *oblicuidad de lo real*. Y esto constituye a mi modo de ver el vicio radical de la filosofía europea en este punto (sólo en este punto, naturalmente). El ser entendido, tomado y por sí mismo, es siempre y sólo

la expresión humana del ser oblicuamente sentido en la impresión de realidad.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1980 / 1991, p. 224-228]



«En primer lugar, *qué es lo que Aristóteles busca*.

Ciertamente, acaba de decírnoslo Platón y el propio Aristóteles lo repite: τί τὸ ὄν, qué "lo que es", lo que suele traducirse por ente, traducción que habrá que corregir inmediatamente.

Digamos, por de pronto, que, más que decir *ente*, conviene decir lo que de una manera neutra y absolutamente corriente diría un griego, como lo decimos nosotros: decimos de las cosas "que son".

Y τὸ ὄν significa para Aristóteles en primer lugar simplemente eso: "que es". Entonces Aristóteles se lanza a la búsqueda de ese "que es".» [Zubiri, Xavier: *Los problemas fundamentales de la metafísica occidental*. Madrid: Alianza Editorial, 1994, p. 53]



«Son cuatro los sentidos del ὄν:

1. Ser verdad.
2. Ser actualidad.
3. Ser sí mismo.
4. Ser independiente (οὐσία).

Cada sentido está fundado en el siguiente.»

[Zubiri, Xavier: *Los problemas fundamentales de la metafísica occidental*. Madrid: Alianza Editorial, 1994, p. 57 n. 2]

## COMENTARIOS

---

«Zubiri dice continuamente, desde la década de 1930, que Dios no es "ser", sino que está "más allá del ser". Estar "más allá del ser" y "más allá del objeto" serían sinónimos. Y lo que habría más allá sería la realidad como pura realidad, es decir, la realidad como puro fundamento.

De algún modo cabe decir que, al distinguir entre "ser" y "realidad", Zubiri realiza algo muy semejante a lo que llevó a cabo Heidegger al diferenciar "ente" de "ser". No debe olvidarse que el término "ente" no juega papel alguno en la filosofía de Zubiri".»

[Gracia Guillén, Diego: "El problema del fundamento". En Nicolás, Juan Antonio / Espinoza, Ricardo (eds.): *Zubiri ante Heidegger*. Barcelona: Herder, 2008, p. 60]

●

«Zubiri insiste en que en Aristóteles *tò ón* significa simplemente “que es” (PFMO 53). Pero el horizonte creacionista hace que ya en Santo Tomás domine “el ente” –algo que, pasando por Suárez, llegará a Wolff y Baumgarten– y genera una “entificación de la realidad”, que incluso incluye a Dios (Cf. PFMO 100-112).»

[Pintor-Ramos, Antonio: *Nudos en la filosofía de Zubiri*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2006, p. 164 n. 85]

●

«Hacia 600 a. C. gran parte de las minorías griegas más alerta comenzaron a dudar grave y extensamente de las opiniones recibidas, tradicionales, sobre “lo que hay” y de que hasta entonces se había vivido; esto es, comenzaron a no creer que “efectivamente hay lo que” aquellas opiniones decían que “hay”. Por ejemplo, los Dioses y todo lo que de ellos viene: los derechos políticos “por la gracia de Dios”, los deberes y las normas, los consejos oraculares, etcétera.

Esta duda respecto a los contenidos concretos de muchas opiniones “establecidas” les llevó pronto a funcionalizar la duda, esto es, a dudar, por principio, de toda opinión tradicional sobre “lo que hay”. Es la “duda metódica” que, expresa o sin nombre, actúa siempre que la filosofía va a nacer o a renacer.

En tal situación, el hombre degenera disolviéndose en la duda o reacciona enérgicamente, y parte en busca de algo de quien pueda decirse que “lo hay efectivamente”.

Ahora bien, de ese algo que se postula no tenían, por lo pronto, más que un síntoma o atributo, y este negativo: tendría que consistir en algo más allá y frente a las meras opiniones de los hombres, *por tanto*, independiente del Hombre. ¿Se advierte lo estrambótico, lo paradójico de semejante empresa? Jamás había acontecido nada parejo.

Hasta entonces los hombres habían encontrado su seguridad creyendo que *hay* algunos prepotentes que, para bien o para mal, se ocupan de ellos, deben amar y temer, halagar y evitar.

Ahora se trata de salir en busca de algo que formalmente consiste en “no tener que ver” con el Hombre y, precisamente, de ese algo extranjero e indiferente al Hombre se espera que sirva para constituir nuestra seguridad. En la lengua griega no existía vocablo con que designar tan paradójico algo. No podía existir, puesto que se trataba de una experiencia radicalmente nueva.

Hubo que inventar una palabra para designar eso, X, “que hay efectivamente” frente a lo “que hay falsamente, ilusoriamente”. Se le llamó de extraño modo: “lo ente” –τὸ ὄν, ἔ ὄν–.

Existía en el uso el participio de presente del verbo *ser* – ὄν–, ente, el que es, y más frecuentemente aún su plural neutro –τα ὄντα–, los seres. Pero dudo mucho que el singular neutro de ese participio circulase y respondiese a algo; “lo ente” era, en verdad, un algo monstruoso, *inaudito*, completamente nuevo para la experiencia vital del heleno.

No se olvide, además, que “lo ente” era algo que se buscaba pero que no se había encontrado, cuyos rasgos o caracteres –salvo su independencia del hombre, que podríamos calificar de “atributo previo”– eran aún desconocidos, ocultos, por tanto, misteriosos, por tanto.

A la fuerza este monstruo huevo tuvo, desde luego, que producir en el alma griega repercusiones de emoción religiosa. Era un nuevo Dios que se elevaba sobre el horizonte mental del hombre griego, pero un Dios de condición opuesta a todos los anteriores –un Dios hecho de indiferencia hacia el Hombre, aún más, de negación del hombre.

“Lo ente” no significa “el que es *para* el hombre”, en uno u otro sentido del *para*, sino formalmente aquel algo cuyo ser consiste en no *ser para* el Hombre, sino en ser para sí o en sí y por sí.

Su insólita forma gramatical –de singular neutro– intentaba neutralizar estilísticamente las significaciones populares del participio de presente, sobre todo en su forma más usada: τα ὄντα –los seres–, es decir, todo cuanto “hay ahí” y rodea al Hombre, sin más compromiso formal de calificación sobre la efectividad de esos seres.

De aquí que, como pasa siempre, cuando se convierte una palabra de la lengua en término técnico, sus mismos inventores necesitaban recaer en la significación usual que la palabra tenía –o, como en este caso, podía tener–, y se veían obligados a añadirle adjetivos o adverbios que corrigiesen su inminente sentido vulgar.

Así, estos primeros pensadores dirán muchas veces en vez de “lo ente” a secas, “lo auténticamente ente”, “lo ente genuino, legítimo, no presunto ni falso”. Eso es el [palabra griega ilegible]; eso va a ser el ὄτος ὄν de Platón, el κριῶς ὄν de Aristóteles. Es decir, “el ente verdadero-genuino”, el ente como tiene que ser el ente, “el ente en su primordial sentido”. [...]

Un adjetivo es siempre predicado de juicios posibles. Cuando el artículo es neutro estas modificaciones se hacen extremas. De suerte que la expresión “lo ente” lleva en sí una constante y curiosísima tensión que, haciendo reverberar sin tregua el sustantivo en el adjetivo y, viceversa, lo convierte en un germen permanente de juicio o proposición, con su cuasi-sujeto y su casi-predicado.

“Lo ente” *tiende*, pues, siempre a significar: “aquello que sería el verdadero ente”. Y el despliegue de esa tensión hace de la locución “lo ente” como un resorte comprimido.

La causa de que este perpetuo conato fracase incesantemente es esta: en la proposición o juicio normal el sujeto es algo ya sabido, que consta, y, por lo mismo, queda a la espalda del juicio cuando este parte hacia el predicado como hacia algo nuevo que se añade a lo ya sabido de aquel. Mas cuando se dice "lo ente" no se tiene nada que pueda servir de sujeto, algo que *sepamos* antes de buscarle el predicado.

Lo único que tenemos es precisamente algo –una calificación– que podría servir de predicado –ente– *si* hubiese para él un sujeto. Por eso, con intención nada vagorosa, le llamo casi-predicado. [...]

La palabra "ente" significa, pues, propiamente un conjunto de exigencias o requisitos o "atributos previos" –previos al descubrimiento de algo que los cumpla. Esos atributos previos que el griego de hacia 500 a.C. piensa en el concepto "ente" son varios. De ellos hemos citado solo los dos primeros que mutuamente se reclaman: independiente del hombre, auténtico, verdadero y legítimo.

Ahora creo poder decir sin excesivo riesgo de malas inteligencias lo que no sé si se ha dicho alguna vez, pero sí sé que debía haberse dicho muchas, por ser evidente: que el concepto "ente" es un predicado sin sujeto, como el concepto "nada" es un sujeto sin predicado. [...]

Los hombres necesitan algo que sea (con auténtico ser). Porque tampoco vale exorbitar el tema, envaguecerlo y universalizarlo diciendo que "el Hombre es pregunta por el ser o ente", y que, por tanto, el Hombre es filosofía, y vivir, filosofar. [...] Fueron ciertos hombres pertenecientes a las minorías alerta de Grecia en torno a 500 a.C. quienes, en efecto, *vivieron* esa pregunta, para quienes vivir y ser valía como preguntarse por el ente. [...]

Muchos hombres, en efecto, fingen preguntarse desde entonces "¿cuál algo es el ser?" sin necesidad auténtica, mecánicamente, porque se les incita a ello en escuelas y libros, porque la filosofía *ya hecha* era una delicia intelectual que resultaba grato sorberse como un licor, porque la filosofía gozaba de gran prestigio en Occidente y convenía, ¡qué diablo!, prestigiarla.

Toda esta gente comenzaba por aprender la respuesta, adquiría la solución antes que la conciencia del problema y luego se esforzaba vanamente en entender el sentido de la pregunta. De ahí el hecho casi constante –con ninguna otra disciplina ha acontecido– de que se anduviese siempre buscando con qué llenar el huevo de la palabra filosofía. [...]

Sorprende un poco que se haya querido corroborar la idea exorbitante de que el Hombre es pregunta por el ser, citando las famosas palabras de Aristóteles:

καὶ δὴ καὶ τὸ πάλαι τε καὶ νῦν καὶ ἀεὶ ζητούμενον καὶ ἀεὶ ἀπορούμενον, τί τὸ ὄν, τοῦτό ἐστι τίς ἡ οὐσία –

“De aquí que lo que antes y ahora y siempre se ha buscado y siempre ha sido problemático: ¿Cuál algo es ente?, se precisa en la pregunta: ¿Cuál algo es sustancia?” (*Metafísica* 1028 b).»

[Ortega y Gasset, José: “Comentario al *Banquete* de Platón”. En *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1962, vol. IX, p. 770-774]

---

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten